

POBRES DIABLOS: MASCULINIDADES BURLADAS DE
SOMBRAS CONTRA EL MURO

Daniel Valenzuela Medina
Universidad de Chile
dfvalenzuelamedina@gmail.com

La materialidad de los cuerpos masculinos y su construcción de género, bajo las lógicas de lo masculino, la “hombría”, lo que se supone varonil y lo que se propugna como “macho”, es decir, del patriarcado material y simbólico, suponen una dimensión de la representación ficcional abordada desde matrices de análisis que permitan comprender la constitución de los personajes como portadores de un cuerpo y un género, determinados por múltiples variables. La dimensión sexual, corporal y de género está incluida en la configuración identitaria que comportan los personajes de ficción, atravesados, además, por variables históricas, éticas, políticas, culturales, también de ficción, en la compleja elaboración estética de un mundo. En este contexto, los personajes son entidades materiales, dibujadas, desdibujadas o en proceso de delineamiento que, junto con portar una voz (y una ideología), habitan un mundo ficcional que les exige articularse corporal y sexualmente, respecto de las otras entidades que habitan ese mundo, por una parte, y respecto de las lógicas extraliterarias del mundo referencial que soporta la existencia de ese discurso ficcional, por otra.

Las ideas que acabo de resumir, tomadas de Bajtín (1999), me permiten indicar que, en relación con el género y el cuerpo de los personajes, me centraré aquí en la intersección entre las variables contextuales, es decir, los modos masculinos referenciales de darse (o disponerse) en la realidad material y cultural los grupos de “hombres”, y las masculinidades dispuestas en el plano estético de la narración. Esta matriz de lectura supone de inmediato dos problemas, por lo menos: a) qué sea lo masculino; y, b) en qué sentido el plano material de la existencia (histórico y cultural) “colisiona” con el plano estético narrativo de la palabra artístico-prosaica, sin por ello caer en la anquilosada “teoría del reflejo”.

El primer problema acusado excede las posibilidades de esta sección y requiere una investigación mayor⁹⁵. Es necesario trazar, de todas formas, algunas directrices

⁹⁵ Este breve artículo es parte de mi investigación doctoral actualmente en curso.

que guíen esta lectura en torno a lo “masculino”. En primera instancia, el complejo definitorio articulado entre cuerpo, sexo y género, bajo la premisa de “no se nace mujer”, que le debemos a Simone de Beauvoir, es aplicable también en el caso de “lo hombre”, dado que se ha naturalizado de tal modo el que una corporalidad con determinada sexo-genitalidad es “hombre”, “macho” o “varón” que, si en la década de los '60 del siglo pasado, cuando Rojas publicaba *Sombras contra el muro*, era incuestionable la identidad entre género y sexo, aún hoy sigue temiéndose cuestionarla. Desde esta perspectiva, el puro hecho de enunciar “masculinamente” el mundo de la novela lleva a suponer que las entidades ficcionales que se despliegan en él son, en relación con el plano referencial, “masculinidades”; diversas, sí, críticas y cuestionadas, a veces, pero manifestadas en el discurso narrativo como “masculinas” al fin y al cabo. Esto es que, desde lo extraliterario, aparentemente, “lo homosexual” o “lo travesti” va a ser abordado, en lo narrativo, como “masculinidades no-masculinas”. Otra arista del problema es la que se vincula con el que las identidades de género, en general, y, por ende, las masculinidades en particular, no pueden ser disociadas de una identidad de clase o, en cuanto a la posición respecto de la explotación, una identidad subalterna-hegemónica. Este fenómeno propio de muchas de las masculinidades ficcionales del universo de *Sombras...* permite observar cómo se posicionan como hegemónicas respecto de ciertas construcciones de “lo masculino” que resultan violentas, belicosas, excluyentes respecto de “lo femenino” y de “lo masculino no-masculino”, desde la perspectiva del discurso de “la hombría” que podría desprenderse de la escritura de Rojas, en el discurso de Aniceto Hevia adulto.

El segundo problema tiene que ver con el asunto extraliterario, es decir, con la intercesión autoral respecto de los modos de representar “lo masculino” a propósito de qué sea eso “masculino”. La naturalización, cultural e histórica, de ciertas estructuras de verdad que se tornan paradigmas en relación con lo que corresponde a “identidades masculinas” es un material que permite observar qué es masculino para Rojas, como sujeto histórico (“hombre”), y cómo comprenderá “lo masculino” a propósito de la configuración identitaria individual, de colectividades, oficial o contra-oficial, ejemplar o contramodélica (respecto del sentido que se le da a tales o cuales rasgos).

Ahora bien, me parece relevante que eso que el autor considera “masculino”, y que puede ser rastreado en el mundo ficcional de su tetralogía, responde, a su vez, a construcciones identitarias culturales e históricas que están disponibles en su contexto de escritura en la época que transforma en el tiempo ficcional de *Sombras...*, tiempo que podría ser homologable a los primeros veinte años del siglo pasado en un espacio ficcional que alude a una suerte del Santiago de Chile subversivo que abarca desde 1912 hasta 1920. En ningún caso, la obra es una homologación de un tiempo histórico, por mucho que aparezca un Voltaire Argandoña ficcional cargando “gelinita” para hacer explotar un convento, asunto coincidente con una de las excusas para que se iniciase la primera caza de anarquistas en 1912, según evidencia Harambour al referirse al “primer

proceso contra los subversivos” (190). En este contexto, es evidente el silencio en el que Aniceto Hevia viejo envuelve a Hortensia Quinio, anarquista y propagandista de la Idea, tan perseguida y golpeada como Argandoña.

Es necesario observar, entonces, algunas de esas masculinidades individuales o grupales, con sus cuerpos y su conformación de género para desentrañar qué nos dicen de la construcción de lo masculino, mediante lo literario como lectura de lo histórico-cultural, en la encrucijada patriarcal del tiempo del relato que hace alusión a un tiempo referencial histórico, jugando con el problema acusado por Jitrik (1995) respecto del referido y el referente. Cabe señalar que me interesa relevar el tono crítico y de sorna con que el narrador de *Sombras...* representa a esas masculinidades delictuales, anarquistas, expropiadoras, vagabundas, atléticas, alcoholizadas, entre otras, a propósito de su constitución de género y respecto de qué nos dicen del patriarcado de principios del siglo pasado en contextos tales como el Centenario de la Independencia, la persecución de los movimientos subversivos, la conformación de lo nacional, la implementación del capitalismo extractivista, entre otros factores, como el racismo, el higienismo, la fe, el paso de un Partido tras otro en el poder, es decir, cuerdas tensas del tejido de la cultura local de hace cien años, aunque esto solo quedará vislumbrado en estas líneas.

En relación con las masculinidades contextuales, históricas y culturales, referentes de las masculinidades ficcionales, hay algunos acercamientos desde la crítica literaria y los estudios históricos que quisiera comentar, para luego mostrar algunos pasajes de *Sombras...* en los que es clara la problemática constitución de lo “hombre”. Tres, de entre muchos otros estudios contemporáneos, indagan, uno de modo directo, los otros indirecto, en tipologías masculinas presentes en el contexto de escritura de Rojas; estos estudios permiten comprender que, de esos rasgos masculinos, más de algunos pasan a conformar las identidades masculinas ficcionales.

Rescato primero el de Lorena Ubilla, “Sujetos marginales en la narrativa de Manuel Rojas: de disciplinamientos a focos de tensión con el proceso modernizador” (2010), una indagación respecto de los tipos trashumantes, marginales, en oposición con la instrucción pública o el trabajo, gañanes (“golondrinas”) o peones que transitan los espacios urbanos y rurales de principios del siglo pasado en búsqueda del sustento diario; esos sujetos marginales son contrastados bajo el prisma de los tipos anarquistas o, al menos, frente a la evidencia de algunos tipos de anarquistas y sus ideas de progreso, racionalismo, autoeducación y relación con el trabajo (el oficio), entre otros temas que, si bien constituyen las identidades femeninas, son rasgos que, históricamente (y desde las directrices patriarcales), se asientan en los modos de ser masculinos⁹⁶. El

⁹⁶ Al respecto, se puede agregar que, si la relación con el oficio no es exclusiva de lo masculino, es determinante en el modo de ser definido y de autodefinirse respecto de la “correcta” o la “incorrecta” masculinidad (vagancia/laboriosidad y las cargas semánticas y culturales

segundo estudio es el de Pablo Concha “Manuel Rojas, masón: primeras entradas de lectura” (2020), que explora el imaginario masónico presente en algunos pasajes de *Hijo de ladrón*, a propósito de un hallazgo, fruto de las investigaciones del estudioso: la permanencia del escritor en una logia. Si bien es cierto que no es una búsqueda exploratoria de identidades masculinas, sí es un acercamiento que permite adentrarse en ciertos imaginarios masculinos, asociados a una práctica puntual: agruparse en cofradías y, en este caso específico, revestirlas de cierto hermetismo propio del resguardo de un secreto iniciático y oracular. De ahí puedo extraer un elemento fundamental para la lectura de *Sombras...*: la relación que se puede establecer entre masonería y el imaginario anarquista (de cierta línea de anarquismo). Este último problema permitiría comprender, en cierta medida, la lectura irónica de las colectividades ácratas presentes en la novela. En tercer lugar, lo planteado por Ignacio Álvarez en *Novela y nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad* (2009), me permite inferir que Rojas, como escritor de voz “subalterna” o “marginal” (o simpatizante de esas voces); como narrador de la fraternidad y la solidaridad (desde una perspectiva “humanista”); y, como escritor anarquista (o proclive a ciertos presupuestos éticos e ideológicos de cierto tipo de anarquismo), indaga en tipologías masculinas de las que, Aniceto Hevia viejo, tiene algo que contar.

Si nos situamos en el contexto referencial de *Sombras...* hay que considerar que junto con los trabajadores campesinos y proletarios, los mal llamados “indígenas”, los subversivos, los “cuerpos policiales” y el hampa de ladrones, existen otras masculinidades: los proxenetas, los asesinos, los “tiras”, los primeros narcotraficantes, los torturadores, los militares conspiradores, los pornógrafos, los violadores, pedófilos y no pedófilos, los fanáticos religiosos y políticos, entre otros, constituyendo ese complejo enjambre interseccional de masculinidades bajo las lógicas patriarcales, del que la novela solo muestra una minúscula parte. En el ámbito de los estudios estrictamente históricos, no son pocas las investigaciones que en los últimos veinte años han vuelto su mirada hacia el mundo anarquista o anarcosindicalista, aunque no al del anarquismo expropiador y terrorista del que Voltaire Argandoña, el histórico y el de ficción, es un representante. Señalo algunos de ellos a continuación. Así, Víctor Muñoz Cortés (2013) o Eduardo Godoy (2008), por ejemplo, han indagado en la sociabilidad anarquista cuya consecuencia histórica fue una homosociabilidad de corte ácrata con una inconsecuencia mayúscula: las feminidades y las masculinidades chocaron en la posibilidad rebelde de articularse en contra del capitalismo patriarcal, registrándose desde misoginia prejuiciosa hasta homolesbofobia en algunos de esos círculos libertarios. Claro está que no todos los grupos respondían a esa inconsecuencia. Primero, porque las feminidades

implicadas en esa intersección). Un ejemplo claro de feminidades laboriosas es la familia de pantalonerías pretayloristas con las que Rojas convive en la infancia.

no necesitaron a las masculinidades para encontrar sus propias orgánicas y modos de subvertir el patriarcado capitalista. Segundo, porque con algunas masculinidades que rompieron su miedo atávico, lograron constituir grupos intergéneros de teatros populares, bibliotecas sociales, escuelas “rationales” o el afamado “consultorio del pueblo”, encontrando un camino ético a la realización de la Idea.

También me interesa destacar el trabajo de Verónica Valdivia Ortiz de Zárate (2017) dado que permite ahondar en la tensión y paradoja que se establece entre la coerción y el consenso respecto de los movimientos sociales subversivos, el establecimiento del orden y la “justa querrela social”. Además, cabe mencionar a Julio Pinto y Gabriel Salazar (2014), quienes exploran en la permanente tensión entre orden, gobernabilidad, legitimidad, legalidad, soberanía y ciudadanía, ejes que permitirían analizar las estructuras subyacentes en la constitución identitaria tanto de feminidades como de masculinidades exteriores a las clases dominantes y las ficciones “democratizantes” que trae aparejada la hegemonización de la ética liberal por parte de esas clases. Por su parte Raymond Craib (2017) perfila los múltiples grupos que confluyeron en la AOAN (Asamblea Obrera de Alimentación Nacional), incluido el anarcosindicato IWW, e indaga en la conformación de la policía secreta bajo el gobierno de Sanfuentes, de las Ligas Patrióticas y la “Guerra de don Ladislao”; también se interesa por la FECH anarquista de fines de la década del diez, la persecución, expulsión, deportación y otras prácticas policiales llevadas a cabo en contra de las/os subversivas/os; y por otros fenómenos sociales, masculinizados, que permiten encontrar otras partes del rompecabezas que suponen las masculinidades ficcionales de Rojas.

El contexto histórico y cultural, despedazado por el tiempo, recompuesto a medias por lo literario y por los estudios históricos en torno a la vida cotidiana y a los archivos municipales, judiciales, periodísticos, es fundamental para comprender, en parte, la conformación identitaria de las masculinidades de los primeros veinte años del siglo pasado y poder deducir qué tan problemática es esa conformación, a propósito de las mismas exigencias del patriarcado-macho Alpha, sin obviar que el material de análisis está dado por las particularidades que representa la literatura de ficción.

Dejemos hablar a las ficciones de Rojas, para percibir qué cómo nos dice ese Aniceto Hevia adulto respecto de las cofradías de masculinidades con las que interactuó el Aniceto Hevia joven de corporalidad difusa, sexualidad difuminada y género naturalizado como verdad absoluta en tanto “hombre”. Me centraré en algunos ejemplos concretos que procederé a comentar.

En *Sombras...* el autor ha construido un narrador (Aniceto Hevia adulto) que se refracta en múltiples voces, extremando el ejercicio que está presente en *Hijo de ladrón* y en *Mejor que el vino*. Esta voz, sin transferencias del todo explícitas, modula una voz narrativa de tono joven o muta su voz en la de otros personajes, generalmente masculinidades asociadas a las múltiples ramas del anarquismo. Así, pasa de la voz de Antonio a la de Filín, a la de Wagner o Voltaire, a la de Juan, Pinto, Alfredo o Federico.

Este último podría ser asociado a la rama nihilista de cierta vertiente del anarquismo, decepcionada de lo humano y destructiva, aunque dispuesta a comprometerse con el Policlínico popular. Entonces,

Federico dijo que sí, aunque íntimamente estaba seguro de que debería decir no, porque mientras más dolor y sufrimiento y hambre y mugre haya, más pronto reventará esto; toda esa gente que ejerce la caridad, que ayuda a los miserables a continuar siendo miserables, no hace más que ayudar a hacer eterna la miseria [...] ¿por qué crees tú que la Iglesia y la burguesía crean instituciones de beneficencia y caridad?, para sujetar a esa gente donde está [...] yo les inundaría los ranchos, les mataría la mitad de los niños y todos los perros, les daría más piojos, más sarna (35-6).

La posición extremada de Federico no está exenta de presente y de clima de postguerra, tiene el tono megalómano y mesiánico negativo de un psicópata (o sociópata) grandilocuente. Aniceto comenta que “solo le gustaría destruirlo todo y destruirse a sí mismo” (36), pero no puede y se compromete con el Policlínico, llamándolo, con un tono claramente irónico, “sociedad de beneficencia destinada a los que no deberían creer en sociedades ni en beneficencias” (37), en un claro gesto burlón que apunta hacia esa particular masculinidad, cercana, al menos en el discurso, a cierto tipo de nihilismo destructivo, que está internamente doblemente acentuada o acentuada paródicamente, dado que el tono de su voz, amargo y decepcionado, muestra la imposibilidad material de destruirlo todo y la posibilidad material de llevar a cabo una labor social, por mínima que sea.

En una de las tantas estancias de Aniceto en calabozos, observo la presencia de travestis. Producto de las lógicas de exclusión, estas identidades se han visto empujadas a ejercer la prostitución. Comprendo que por contexto de época escritural y de tiempo narrativo, esto, si en la actualidad recién está siendo modificado, era cotidiano. En el contexto carcelario, entonces, “avanzó la noche y trajeron tres o cuatro maricones y se alzó un griterío espantoso, “¡Tráiganlos para acá!”, “¡Qué hubo, mi hijita linda!”, los metieron a otro calabozo, sonaron dos o tres gritos más” (102). Por el uso gramatical de “los” respecto de “maricones”, hay una asignación de identidad masculina asociada a ese “mi hijita linda” con la que, se potencia una inclinación sexual heteronormada, pero que tranza con una posibilidad homosexual. Este es un momento de compleja densidad narrativa, porque permite indagar respecto de la violencia masculina contra las masculinidades-no masculinas del universo narrativo, las que son mostradas en la representación, aunque condenadas al anonimato.

En este mismo calabozo, se encuentran Manuel y Aniceto con un borracho que, en su condición de ebrio molesto, Manuel silencia con un gesto arrollador, hundiéndole el sombrero hasta las narices. La escena de una profunda ridiculez, es

decir, carnavalescamente risible y “universal-humanista” culmina con la defecación del borracho. El hedor que expele es descrito como

Algo que hería las mucosas como un ácido, que era imposible rechazar porque tenía más fuerza que cualquier rechazo o no había rechazo alguno, algo que resbalaba sobre los descascarados muros y por el suelo, que trepaba en seguida por los cuerpos y penetraba en todas las aberturas, algo que podría vencer a todos los soldados que en esos momentos peleaban en Europa, crecía y se extendía en el calabozo como un gas o un venenoso hongo; pronto, llenado ya todo el espacio disponible, saldría por la reja y llenaría el patio y treparía hacia los edificios de los juzgados y de la Sección de Investigaciones. Nada ni nadie escaparía, ninguno quedaría sin su parte: había llegado la hora de la venganza. Un coro de imprecaciones e insultos se dirigió contra el creador de aquella sorpresa (104-5).

De este fragmento, son múltiples las inferencias que puedo realizar respecto de la constitución de masculinidad alcoholizada, de las referencias microcósmicas y macrocósmicas respecto del hedor creador-destructor que, en el plano del tiempo narrativo, aniquilaría la Primera Guerra Mundial, en su etapa final (1918 y el año siguiente, con sus más de 10 millones de muertos durante el conflicto iniciado en 1914) y que, en el plano referencial, impacta como un venenoso hongo que hiperbolizado podría compararse con el hongo nuclear. El discurso antibelicista queda patentando en el uso paródico con el que se muestra el hedor de las heces de una masculinidad en función cómica.

Son múltiples y complejas aún las observaciones que podríamos seguir consignando respecto de las formas, funciones y sentido que adquieren las masculinidades, respecto de la materialidad referencial, en *Sombras*.... Así, hay mucho que indagar en los tipos de anarquistas que se presentan, sus lógicas políticas, sus decepciones y el tono con el que Aniceto Hevia adulto los rememora. Hay anarquistas expropiadores, o “apaches”, que terminan siendo solo delincuentes de poca monta, con relucientes revólveres que deben empeñar, pero nada espectaculares y muy poco revolucionarios, aunque tengan cuerpos atléticos como Alberto. Sobre toda esta materia queda, claro, mucho por hacer.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Ignacio. *Novela y nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009.
- Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1999.

- Bayer, Osvaldo. *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*. Coyhaique: Sombraysén Editores, 2008.
- Craib, Raymond. *Santiago subversivo 1920. Anarquistas, universitarios y la muerte de José Domingo Gómez Rojas*. Trad. Pablo Abufom Silva. Santiago: LOM, 2017.
- Concha, Pablo. “Manuel Rojas, masón: primeras entradas de lectura”. María José Barros y Pía Gutiérrez (eds.). *Manuel Rojas. Una oscura y radiante vida*. Santiago: Ediciones UC, 2020. 283-309.
- Godoy Sepúlveda, Eduardo. “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol a comienzos del siglo XX”. *Alcohol y trabajo. El alcohol y la formación de las identidades laborales. Chile. Siglos XIX y XX*. Ed. Marcos Fernández Labbé. Osorno: Editorial Universidad de Los Lagos, 2008. 121-44.
- Harambour R, Alberto. “La Sociedad de Resistencia de Oficios Varios y el “horizonte anarquista”. Santiago de Chile, 1911–1912”. Cisterna, Natalia y Lucía Stecher (coords.). *América Latina y el Mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogías*. Santiago, Universidad de Chile, 2004. 189-203.
- Jitrik, Noé. *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- Montecino, Sonia. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Catalonia, 2018.
- Muñoz Cortés, Víctor. *Sin Dios ni patronos. Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890–1990)*. Valparaíso: Mar y Tierra, 2013.
- Rojas, Manuel. *Sombras contra el muro*. 1964. Santiago: Zig Zag, 2012.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto. *Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago: LOM, 2014.
- Ubilla Espinoza, Lorena. “Sujetos marginales en la narrativa de Manuel Rojas: de disciplinamientos a focos de tensión con el proceso modernizador”. *Revista Chilena de Literatura* 77 (2010).
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918–1938)*. Santiago: LOM, 2017.